

CELCIT. Dramática Latinoamericana 118

LOS IDIOTAS

Carlos Liscano

Dos hombres de edad indefinida entre 30 y 50 años, vestidos con ropas sin estilo, amplias, con varios abrigos que podrán ir sacándose a medida que lo exija el texto para pasar de una estación a otra. Ambos cargan varias bolsas donde llevan todo lo que tienen. Se llaman Ke y Ku.

Ke y Ku son dos idiotas que lo único que hacen es marchar por el camino. Ke va arrastrando a Ku. Como puede, con lógica, con argumentos, a los golpes, Ke lo arrastra. Por momentos Ku se empeña en no seguir, se sienta, en el suelo. Ke tiene paciencia, trata de convencerlo, le habla, lo levanta, lo empuja, le da un puntapié, luego arrastra las bolsas. Ku sigue marchando. Cuando Ke golpea a Ku lo hace como quien cumple una obligación, hasta con cierto cariño. Uno espera que cualquier día la actitud de Ku acabe con la paciencia de Ke. Pero Ke es inderrotable, nunca abandona a Ku. Si Ke avanza, también avanza Ku. Los avances son siempre mínimos, de centímetros, de modo que atravesar la escena puede llevarles prácticamente toda la obra.

Ku no es idiota, se hace el idiota para que Ke lo arrastre. Ke tampoco es idiota, se hace el idiota porque le gusta arrastrar a Ku. Ke y Ku ya llevan años en el camino y, en general, la vida los ha tratado bastante bien. Cada uno tiene su modo peculiar de hacerse el idiota. Nunca confunden los papeles. Cada uno sabe que el otro se hace el idiota, pero como le conviene, lo deja hacer. Además, para que uno vaya haciéndose el idiota de cierta manera, el otro también debe hacerse el idiota de cierta manera, si no nada funcionaría. En la práctica de cada día, tanto Ku como Ke deben hacerse los idiotas dos veces, una vez para mantener la conducta elegida, y la otra para no enterarse de que el otro va haciéndose el idiota. No es nada simple.

Idiota Uno e Idiota Dos tienen las mismas características que los anteriores.

La escena limpia, aséptica, con un fondo sobre el cual se puedan hacer proyecciones a medida que cambian las estaciones. El ambiente será creado fundamentalmente por la luz.

Ambiente de primavera, por la mañana. Se oyen pájaros. Ke y Ku entran en escena. Ke va arrastrando a Ku y también arrastra las bolsas de ambos. Todos los movimientos son lentos, parsimoniosos. Ku se tira al suelo, cumpliendo su papel de negarse a avanzar. Con un poco de fastidio Ke se da vuelta para obligarlo a incorporarse. Ambos insisten en su actitud hasta que quede establecido para el público qué papel desempeña cada uno.

KE: ¡Vamos, por favor, sigue, Ku! No quiero volver a repetírtelo. No me obligues. *(Ke lo acaricia, le sugiere que siga, lo agarra de la ropa. Le da un golpe en cara con la mano abierta. Ku se mantiene en lo suyo. Ke se pone en cuclillas junto a Ku, lo mira).* ¿No quieres marchar? ¿Piensas quedarte aquí, eh? *(Le da con el puño en la cara)* ¿Es eso lo que quieres, verdad? Y piensas que yo lo voy a consentir, que te quedes ahí y yo tenga que seguir solo, ¿no? No lo conseguirás. *(Lo arrastra del pelo. Ku no tiene más solución que ponerse de pie. Cuando Ke cree que Ku empezará a caminar, Ku se acuesta en el suelo. Ke lo mira un instante, en silencio. De pronto, sin aviso, Ke se aleja unos metros. Mira el cielo, pensativo. Después de unos segundos Ku advierte que Ke no actúa, y reacciona desde su posición acostado en el suelo)*

KU: ¿Qué pasa, Ke? *(Ke no contesta. Está mirando una golondrina que juguetea sobre el bosque cercano, la ve remontarse y luego desaparecer tras los árboles. Ku se pone un poco impaciente ante el silencio de Ke.)* Ke, ¿qué pasa, pregunto? *(Ku no obtiene respuesta.)* Ke, ¿qué pasa? Estoy hablándote. ¿Estás sordo? *(Se sienta.)*

KE: La golondrina.

KU: ¿La golondrina? ¿Qué golondrina?

KE: Una golondrina.

KU: ¿Dónde?

KE: En el aire.

KU: ¿En el aire? No la veo. ¿Dónde está la golondrina?

KE: *(Señalando el cielo sigue el vuelo imaginario de la golondrina.)* Ahora la perdí de vista. ¿Por qué andan golondrinas?

KU: Es la primavera, Ke.

KE: Sí, pero no la veo.

KU: ¿No ves la primavera? Está en todas partes. Hace semanas.

KE: No. A la primavera la veo, a la que no veo es a la golondrina.

KU: Ya va a aparecer, Ke, no te preocupes. O aparecerá otra. Hay muchas. En primavera siempre hay cantidad de golondrinas. *(Ke no contesta, busca en el cielo, por encima del bosque.)* ¿Me oyes? *(No obtiene respuesta.)* Hay muchas golondrinas, no tienes por qué preocuparte. Si no ves ésta, verás otra, muchas más. Mira otra golondrina y sigamos. *(Ke no contesta.)* ¿Entiendes lo que te explico sobre las golondrinas? *(Silencio.)* ¿Entiendes o no?

KE: *(Después de unos segundos.)* Sí, entiendo.

KU: Bueno, si entiendes, entonces sigue.

KE: Yo sé que hay más golondrinas.

KU: Es lo que acabo de explicarte.

KE: Y yo lo comprendí.

KU: Bueno, no perdamos más tiempo, sigamos. *(Vuelve a acostarse.)*

KE: A mí me interesaba ésta.

KU: Bueno, esa también va a aparecer. *(Ke hace silencio. Ku vuelve a impacientarse. Se sienta en el suelo.)* Ke.

KE: ¿Sí?

KU: ¿Es seguro que es sólo la golondrina, que no pasa alguna otra cosa?

KE: No, no pasa nada.

KU: ¿De verdad que es sólo la golondrina?

KE: Sí. De verdad, Ku.

KU: Bueno, entonces seguimos.

KE: Ahora.

KU: ¿Ahora?

KE: Sí, quiero decir, enseguida.

KU: Ya hace rato que estamos aquí.

KE: Es que quiero verla.

KU: Ya te expliqué, volverás a verla.

KE: Sí, es probable que tengas razón. Pero no sé.

KU: ¿De verdad no pasa nada, Ke?

KE: No, no pasa nada.

KU: (*Impaciente.*) Cómo que no, Ke, algo pasa. Por más que insistas, me doy cuenta de que algo está pasando. ¿Por qué no me lo dices y así salimos de esto de una vez por todas?

KE: Ku, te digo que no pasa nada.

KU: ¿No pasa nada, nada de nada, de verdad?

KE: No, Ku, de verdad, no pasa nada.

KU: Bueno, entonces sigue.

KE: Es que no sé. Me parece que no voy a seguir.

KU: ¿Cómo que no? ¿Nos vamos a quedar aquí todo el día, buscando esa golondrina estúpida?

KE: No, no es sólo por la golondrina.

KU: ¿Ves? Ahora resulta que no es sólo la golondrina, que hay otra cosa. Bueno, ¿qué es lo que pasa, entonces?

KE: Nada. Yo creo que no pasa nada.

KU: ¿Por qué primero dices que no es sólo la golondrina y después dices que no es nada? Por lo menos es la golondrina, entiendo yo. La golondrina y algo más. Bien, la golondrina va a aparecer, o aparecerá otra. Pero ¿qué es ese algo más?

KE: Sí, Ku, también es la golondrina.

KU: ¿También? ¿Qué quieres decir con "también"?

KE: No quiero decir nada. Digo también. Uno lo dice y no quiere decir nada.

KU: Si dices "también" es porque hay otra cosa. Decir "también" es como decir "además". Además de la golondrina, ¿qué?

KE: No sé. Algo.

KU: ¿Algo? ¿Qué es algo para ti, cualquier cosa?

KE: No sé, Ku, algo. También puede ser cualquier cosa.

KU: ¿Algo importante, alguna cosa cualquiera que te inquieta?

KE: Más o menos.

KU: Bueno, me lo cuentas por el camino. Ahora sigue.

KE: Espera.

KU: Llevo esperando no sé cuánto. ¿Te crees que me voy a pasar así toda la vida?

KE: Es que me gustaría saber qué es lo que me pasa. ¿Podrías ayudarme?

KU: ¡Ke, por favor! Si no me cuentas nada, ¿cómo voy a poder ayudarte?

KE: Es que, si me ayudaras...

KU: Lo único que yo sé es que aquí estamos, sin movernos. Sigue y vamos conversando por el camino.

KE: No, Ku, creo que no puedo.

KU: ¿Cómo que crees que no puedes?

KE: No sé. Te dije, algo me pasa.

KU: Me dijiste que no te pasaba nada. No hace tanto rato, no puedes haberlo olvidado.

KE: Es cierto. Pero te dije "también". Tú lo notaste enseguida.

KU: Lo noté porque te conozco.

KE: Bueno, lo notaste. Y enseguida me lo dijiste.

KU: Claro, algo te pasaba, cómo no me iba a dar cuenta.

KE: Creo que todavía me pasa.

KU: Bien, algo te pasa, de acuerdo. Entonces sigamos y por el camino trataré de ayudarte a saber qué te pasa.

KE: Ku.

KU: ¿Sí?

KE: Creo que no quiero seguir.

KU: ¿Y eso por qué? ¿Por la golondrina? ¿Qué te ha dado ahora?

KE: Nada. No me ha dado nada, Ku. Pero me parece que no quiero arrastrar más.

KU: *(Ku se pone de pie para mirar a Ke. Se acerca, lo observa un instante.)* Ke.

KE: ¿Sí?

KU: Estoy hablándote.

KE: Estoy escuchándote, Ku.

KU: No parece.

KE: Tal vez no parezca, pero te aseguro que te escucho con mucha atención, Ku.

KU: ¿De verdad me escuchas?

KE: De verdad, Ku.

KU: ¿Sabes una cosa?

KE: No.

KU: Yo me pregunto, Ke, me pregunto, ¿no estarás pensando que me voy a poner a arrastrar yo, verdad?

KE: No, Ku, no era exactamente eso lo que estaba pensando.

KU: Bueno, acabemos de una vez por todas con esto y sigamos. Estamos perdiendo un tiempo precioso. *(Vuelve a sentarse en el suelo. Ke no contesta, está abstraído, mirando a lo lejos.)*

KU: ¿Y?

KE: Sabes que no lo había pensado, pero ahora que lo dices, me parece una buena idea.

KU: ¿Qué es una buena idea?

KE: Eso que has dicho, que tú podrías arrastrarme a mí.

KU: *(Ku, sorprendido por lo que acaba de escuchar, se levanta de un salto. Se acerca a Ke. Lo mira a la cara.)* Bueno, Ke, yo no sé qué te pasa, si será la primavera o qué, pero me parece que estás soñando y lo mejor sería que te despertaras.

KE: No, Ku, no estoy soñando.

KU: ¿Estás haciéndote el loco, acaso?

KE: No, Ku, te lo juro, no me ocurre ni una cosa ni la otra. No lo había pensado. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. O no lo había pensado así, en detalle, tan bien presentado, como tú lo formulaste. Pero cuando te escuché decirlo sentí que era justo eso lo que quería. De pronto me dije: no arrastro más.

KU: Si te parece que me divierte esta discusión estás en un error. Así que es mejor que sigas. *(Ku se tira al suelo y espera a que Ke haga su trabajo. Como esto no ocurre, Ku se desorienta, y grita.)* ¡Ke, por última vez, pongámonos en marcha! ¡Estoy hablando en serio!

KE: Yo también hablo en serio, Ku, no quiero arrastrar más.

KU: No puedes hablar en serio de ese modo, Ke.

KE: Lo siento, Ku, pero no encuentro otro modo.

KU: ¿Te das cuenta de que si eso que dices fuera verdad estarías destruyendo nuestra relación?

KE: No lo sé, Ke.

KU: Yo sí lo sé. Y por eso no te creo.

KE: ¿Se destruiría?

KU: De inmediato.

KE: Yo no quiero que se destruya.

KU: Bueno, ya ves, así sería. Y no puedo creer que tú quieras que eso ocurra.

KE: ¿No lo crees, Ku?

KU: No. Te conozco muy bien, y no te creo capaz de querer eso.

KE: Yo tampoco lo creo, Ku.

KU: Estamos de acuerdo.

KE: Pero entonces ¿qué me pasa que me siento de este modo?

KU: No sé qué te pasa. Ni siquiera sé si te pasa algo.

KE: Te lo dije, algo me pasa.

KU: Sí, pero no sé si en realidad te pasa algo o es que no te pasa nada y por eso estás preocupado. O ni una cosa ni la otra.

KE: ¿Supones que miento?

KU: No, supongo que estás bromeando.

KE: ¿Y no puedes suponer que hablo en serio?

KU: Aunque me esforzara para aceptar que estás hablando en serio, no podría.

KE: ¿Te cuesta tanto ponerte en mi lugar?

KU: Es que lo hago, Ke, y no me lo imagino. Cuando me pongo en tu lugar para este caso específico, no encuentro nada parecido a "estoy hablando en serio".

KE: Inténtalo otra vez.

KU: Lo intento. Lo intento pero no me sale.

KE: No sé si lo intentas.

KU: Y tú, ¿tú intentas ponerte en mi lugar, aquí, en el suelo, esperándote?

KE: Ya no sé nada, Ku. ¿Estás esperando algo de mí?

KU: Espero que reacciones. Luego, cuando ya estemos en marcha, me contarás todo. Pero ahora sigue, por favor, Ke.

KE: No, no voy a seguir, Ku, te lo dije.

KU: Ya verás que sí. Si haces un poco de esfuerzo vas a ver que sigues.

KE: No quiero, Ku.

KU: No te creo, tú no eres capaz de vivir sin mí.

KE: Ku, lo lamento, pero enseguida podrás comprobarlo. No arrastro más. Aquí nos quedamos.

KU: ¿Piensas que voy a creérmelo?

KE: El tiempo dirá, Ku.

KU: Tú sabes que sin mí no vas a ninguna parte.

KE: Tampoco tú sin mí, Ku. Y lo sabes muy bien.

KU: Bueno, Ke de mi alma, lo siento, te quedarás tú, porque yo pienso seguir.

KE: Seguirás solo, yo aquí me quedo. Nos despedimos. Que te vaya bien.

KU: No, no nos despedimos, Ke. Tú no te quedas.

KE: ¿Crees que cuando te vayas yo voy a salir corriendo detrás de ti? ¿De ese modo me ves, siguiendo tu figura irresistible por esos caminos?

KU: No sé cómo te veo. Hace tiempo que dejé de verte. En cambio, tú vas a comprobar que no te quedas. Te lo digo yo.

KE: Y yo te oigo, Ku. Te oigo hablar de ese modo y no te reconozco. ¿Quién eres? Perdóname, es como si me hubiera puesto a hablar con un desconocido.

KU: Bueno, amor, permíteme presentarme. Soy Ku, Ku el magnífico, con el que has venido marchando tantos años.

KE: Encantado. Yo soy Ke.

KU: Bueno, ahora que nos conocemos puedes ponerte en marcha.

KE: Que nos conozcamos no quiere decir que yo piense ponerme en marcha contigo. Acabamos de conocernos.

KU: Estoy ofreciéndote de buenos modos que nos pongamos en camino. No deberías despreciar este ofrecimiento, aunque apenas me conozcas. (*Ke no constesta.*) Ke.

KE: Sí.

KU: ¿Oíste lo que te dije?

KE: Sí, pero no funciona, Ku.

KU: ¿Qué estás diciendo? ¿Cómo que no funciona?

KE: No, no funciona. No funciona lo antiguo ni funciona lo nuevo. Yo me quedo aquí. No me moveré. ¿Es difícil para ti comprender algo tan simple?

KU: No, Ke, no es difícil comprenderlo. Lo que ocurre es que tú no sabes lo que estás diciendo. Te lo aseguro, por tu bien, tú no te quedas. Aunque tenga que llevarte de arrastro vas a venir conmigo. *(Se pone de pie y va rápido hasta Ke.) ¡Vamos!*

KE: ¡No quiero, Ku! *(Se tira al suelo. Enseguida arrancan. Ku lo arrastra. Se detiene, lo acaricia.)*

KU: ¡Vamos, Ke, no te quedes! *(Ke no opone resistencia, pero tampoco colabora. Ku le pega con la mano abierta en la cara, igual que Ke ha hecho antes. Le la un puntapié, lo obliga a levantarse. Ke se levanta y enseguida se tira al suelo. Ku vuelve a golpearlo. Lo arrastra de los pelos, carga las bolsas. Han invertido los papeles, Ke se resiste y Ku sigue adelante, con el otro de arrastro. El avance a veces es mínimo, centímetros, pero siempre avanzan. Hasta que un día caluroso de verano, a las doce, Ke dice:)*

KE: ¿Sabes qué me ocurre, Ku?

KU: *(Ku no presta mucha atención, sigue arrastrando.)* No.

KE: Bueno, me ocurren cosas.

KU: ¿Todo el tiempo o sólo ahora?

KE: Todo y el tiempo y ahora también.

KU: Bueno, si te ocurren todo el tiempo, es claro que también te ocurren ahora. Bastaría que eligieras la primera variante para que también estuviera incluida la segunda.

KE: ¿Cómo dices, Ku?

KU: Digo que, si dices una frase como "todo el tiempo", uno entiende que en ella incluyes el pasado e incluyes el futuro, ¿por qué no ibas a incluir también el presente?

KE: Es claro, no hay motivo para no hacerlo.

KU: Hasta el condicional podrías incluir en una frase como aquella.

KE: ¿O sea que puedo elegir?

KU: Creo que sí.

KE: Bueno, entonces elijo la primera variante. *(Ku sigue arrastrando, en silencio.)* Ku.

KU: Oigo.

KE: ¿Te interesa saber qué me ocurre?

KU: Claro que me interesa. Todo lo tuyo me interesa más que cualquier otra cosa en el mundo.

KE: Te pregunto... ¿Sabes por qué te pregunto?

KU: No.

KE: ¿Te interesa saber por qué te pregunto?

KU: Por supuesto que sí.

KE: Te pregunto porque yo había comenzado a contártelo y tú tomaste la palabra para explicarme lo de los tiempos.

KU: Es que quería precisar dónde estábamos. De lo contrario es imposible hablar. Pero es claro que me interesa saber qué te ocurre.

KE: Bueno, me ocurre esto. Yo estoy en un sitio y de pronto me pregunto: ¿me muevo o me quedo quieto?

KU: ¿Y te lo preguntas así, de golpe?

KE: Sí, no puedo evitarlo.

KU: ¿Te ocurre de golpe y no puedes evitarlo?

KE: Bueno, es probable que haya venido elaborando la pregunta durante mucho tiempo, pero cuando se me presenta, lo hace de golpe.

KU: No creo que te ocurra de golpe. Has venido elaborándola, y no te diste cuenta. Esas cosas no suceden así, de un momento para el otro.

KE: No lo niego. Pero no es acerca de eso que quería contarte.

KU: Bien, te escucho.

KE: Mira, es así. De pronto estoy en un lugar y sé que estoy en ese lugar, y me digo: ¿sigo o cambio de posición?

KU: Sigo o cambio de posición, ¿ésa es la pregunta?

KE: Sí, toda mi vida me lo he preguntado, ¿seguir o cambiar? No sé cómo vivir, Ku, no sé cómo hacer para ser igual a la gente que vive de verdad.

KU: Bueno, es que nadie vive de ese modo, como te lo imaginas, a fuerza de saber. Para vivir es mucho más lo que se da por supuesto que lo que se sabe. Si hubiera que saber uno no viviría, se quedaría quieto, ausente. En la nada. Es eso lo que te pasa, que te pones a tratar de saber y te quedas en la nada.

KE: ¿Estoy equivocándome, quieres decir?

KU: No, no es eso. Pero si así te suena, puedes tomarlo de ese modo, a mí no me ofendería.

KE: Lo acepto, Ku, pero igual me ocurre. No puedo evitarlo. Yo pienso y me quedo tan quieto, tan quieto, que me viene vértigo de moverme a tanta velocidad. Entonces es cuando se me formula la pregunta, ¿me muevo o me quedo quieto? Cuando no pienso estoy en constante movimiento, Ku, tú lo sabes. Hago cosas con las manos, muevo los ojos, los labios, las piernas, las cejas. Acumulo movimientos de tal modo, simultáneamente, que me doy cuenta de que, en realidad, no hago nada. Me muevo y me muevo y me muevo y no hago nada de nada. Estoy paralizado.

KU: ¿Paralizado como para morirte?

KE: Sí, Ku, siento que ya el corazón ha dejado de latirme. Siento que me muero, y que, aun en la muerte, mi cuerpo seguirá moviéndose, descomponiéndose, convirtiéndose en gusano, en planta, en piedra, avanzando, hacia algo, hacia algún sitio. Entonces, en medio de la orgía de movimientos que es la vida, yo ya estoy a punto de petrificarme, pero moviéndome, tratando de llegar a ese sitio, al final del viaje, de este viaje en que vamos todos. Pero yo no sé de dónde partimos, me perdí el comienzo, la salida del origen. Por eso no sé a dónde vamos, Ku.

KU: ¿Necesitas saberlo?

KE: Es posible que no sea necesario, pero yo te cuento lo que me pasa. Cuando me siento así la solución que me queda es alterar la serie, o sea no moverme como lo estoy haciendo, quedarme quieto, quieto, pero de verdad. Y no puedo parar. Con lo cual recaigo en la pregunta, ¿me muevo o me quedo quieto?

(Ku no responde. Empuja otro poco a Ke, arrastra las bolsas. Ke quiere una respuesta.) ¿Entiendes lo que te digo, Ku?

KU: Estoy pensando.

KE: ¿Pensando para tratar de entenderme?

KU: Sí, y para tratar de ayudarte.

KE: ¿Cómo podrías ayudarme?

KU: No sé. Tal vez lo mejor sería que no te movieras.

KE: Entonces no has comprendido nada.

KU: No seas injusto. Hago un enorme esfuerzo por comprenderte. Lo intento con todas mis energías.

KE: No te preocupes, Ku. Nadie comprende nada. Ni les interesa mi pregunta. Tú haces como todo el mundo. Yo caigo en el torbellino y los demás siguen, en sus cosas, en sus rutinas. Ellos son. Yo, estoy en dudas, no sé si soy. No sé cómo hay que hacer para ser, ni dónde estoy, ni cuánto falta. Solo sé que me muevo, que estoy en marcha, sin poder parar.

KU: ¿Por qué hablas tanto, Ke?

KE: No sé. Estaba contándote algo.

KU: Es que si hablas así, de pronto, tan largo, yo me pierdo. ¿Podrías hablar más corto?

KE: No te aseguro que lo consiga, pero puedo intentar.

KU: Inténtalo, por favor. Piensa en mí e intenta hacer frases cortas y simples.

KE: Lo haré, Ku. Haré lo humanamente posible.

KU: Gracias, Ke.

KE: Yo los veo y me pregunto, Ku...

KU: ¿A quiénes ves?

KE: ¿Pero no me escuchas? ¿Sabes de qué estoy hablando?

KU: Te escucho, pero no te sigo. Me prometiste intentar hablar para que yo entendiera. Y luego vienes con esa frase. Tú los ves, perfecto. Me dices que los ves y yo entiendo todas las palabras. Pero ¿a quiénes ves, Ke? Explícame un poco más, te lo suplico, si no me quedo del lado de afuera, sin entender.

KE: A todos, Ku, veo a todos, a la gente.

KU: ¿A toda la gente?

KE: A todos en general.

KU: Yo no puedo, Ke. Yo veo poco, veo de a uno, de a dos. A veces más. Pero nunca a todos.

KE: Yo sí, Ku. Yo los veo a todos, y entonces me pregunto: "¿Pero cómo pueden ser, cómo pueden ser?" Me pregunto a mí mismo y les pregunto a ellos. Les pregunto con la mirada, con el gesto, porque las palabras no me salen.

KU: Es muy hermoso eso que dices.

KE: Lo es, ¿verdad? Gracias, Ku. Los veo y les pregunto: "¿Pero no ven que todo es provisorio, imperfecto? ¿No se dan cuenta?"

KU: ¿Y ellos qué hacen, qué te contestan?

KE: Ellos siguen, caminan, conversan, alimentando la confusión, el movimiento. Yo hago lo mismo, claro, ¿qué otra cosa podría hacer cuando a nadie se le permite detenerse? Pero me muevo porque no puedo romper la quietud del torbellino, y permanezco inmóvil, concentrado en las preguntas que no puedo formular, que no me salen. Por lo del principio, Ku, porque no sé de dónde partimos, y por eso no sé hacia dónde vamos, y no sé qué hago, dónde estoy, porque en algún sitio tengo que estar. ¿O acaso yo no tengo derecho, como todo el mundo, a estar?

KU: Sí que lo tienes. Tú tienes tanto derecho como cualquiera a estar en algún lugar.

KE: Gracias, Ku, no sé qué haría si no fuera por ti. ¿Te diste cuenta de que hablé mucho e igual me entendiste?

KU: No sabes lo que me esfuerzo.

KE: Te lo agradezco, Ku. Yo los veo y les pido por favor, les ruego que vayamos lo antes posible hasta el fin. Les digo, cuando puedo articular una mínima frase, les digo: "Apresurémonos en llegar al fin y recomencemos. O empecemos por primera vez, pero ahora sí, en serio." ¿Y sabes qué me contestan?

KU: ¿Cómo podría yo saberlo, Ke?

KE: No sé, de pronto lo adivinabas.

KU: No me propongo adivinarte.

KE: Bien, entonces te lo diré, Ku. Ellos me contestan: "¿De qué final estás hablando?" Me dicen: "Pero ¿de qué hablas? Cómprate algo, una hamburguesa, cualquier cosa que te haga feliz."

KU: ¿Y tú qué les replicas?

KE: Depende. A veces les digo una cosa, a veces otra. En general les contesto algo parecido a: "Bueno, pero si no se puede ir hasta final, entonces volvamos al principio". Les digo: "Hay que hacer algo, no quedarse así, quietos, como estamos, trasladándonos de un sitio a otro porque sí, todo el tiempo. ¿No ven cómo nos movemos, sin parar? ¿Es justo andar así, sin reposo." ¿Y sabes qué me contestan?

KU: No puedo saberlo, Ke.

KE: Me dicen, por ejemplo: "Es que el único que se mueve eres tú, los demás estamos quietos". Entonces yo les digo: "Mentira, yo los veo, todos se mueven". Y ellos me dicen: "No nos movemos, eres tú que giras todo el tiempo".

KU: Tal vez ellos tengan razón.

KE: Es que hay días en que yo pienso lo mismo. Tal vez sea cierto lo que ellos dicen, me digo. Tal vez todo pueda llegar a ser cierto, algún día, en algún sitio. Porque solo hay dos posibilidades, Ku, o todo es cierto y no hay nada falso, o algo es falso y por tanto nada es cierto. Esa es la pregunta, la principal, Ku. ¿Hay alguna vida que no sea falsa?

KU: ¿Tú eres falso, Ke?

KE: Sí, Ku, lo soy. Soy falso. Yo miento. Miento un poco. Quizá también miento mucho. Es probable que también mienta mucho. Sí, es muy probable.

KU: ¿A mí me mientes, Ke?

KE: Sí, lo siento, Ku, pero también a ti te miento. Tal vez a ti es a quien más miento. No olvides que te tengo todo el día a mi lado, desde hace años.

KU: ¿Por qué me mientes?

KE: ¿Tú no me mientes, Ku?

KU: A veces creo que no, que nunca te he mentado. Esto lo pienso sobre todo cuando me doy cuenta de que estás mintiéndome. Entonces te odio, te deseo maldades, cosas terribles.

KE: ¿A mí?

KU: Sí, a ti, Ke. Pero hay días, cuando tú eres tierno, en que me arrepiento de haberte mentado tantas veces.

KE: ¿Me has mentado mucho?

KU: Infinidad de veces, Ke. Pero casi siempre por pequeñas cosas, por no discutir. Si tú me preguntas algo y sé que la verdad no te va a gustar, prefiero mentirte.

KE: ¿Crees que eso está bien?

KU: No sé si está bien o mal, Ke, sólo te digo lo que ocurre.

KE: ¿Estás haciendo una descripción objetiva de la realidad?

KU: Llámalo como quieras. Te miento por hacer el bien, digamos.

KE: Tú piensas que mintiendo se puede hacer el bien, ¿verdad?

KU: No sé lo que pienso. Sólo te digo lo que ocurre, lo que siento.

KE: Esto no lo sabía, Ku.

KU: No sé si ha estado bien contártelo.

KE: Ha estado perfecto, Ku. Ha sido de lo mejor que me has contado desde que te conozco. Ahora te pediría un poco de agua, Ku, tengo sed.

KU: Espera a que lleguemos a alguna parte donde haya sombra.

KE: ¿Tú ves alguna sombra cerca?

KU: No, no veo, pero puedo inventártela.

KE: ¿De verdad?

KU: Si tú necesitas sombra, puedo inventártela. ¿Te gustaría?

KE: Sí, Ku, mucho.

KU: Mira, decimos que aquí hay un árbol. Un gran árbol, y tú te sientas a la sombra. *(Se hace sombra en escena. Ku arrastra a Ke hasta la sombra y lo deja allí sentado. Acerca las bolsas a la sombra.)*

KE: ¡Mira Ku, mira ahí!

KU: ¿Dónde?

KE: ¿Ves? Es un pajarito.

KU: Está muerto.

KE: No, no está muerto, Ku, está herido. O agotado de tanto volar. Traémelo. Tiene sed. Igual que yo.

KU: *(Ku recoge el pájaro imaginario y se lo alcanza a Ke.)* Traeré agua para los tres. *(Saca una botella de la bolsa y va a buscar agua a un sitio cercano. Cuando vuelve, Ke está descansando bajo el árbol que Ku le inventó, acurruca el pájaro en el pecho. Primero bebe Ke y da de beber al pájaro en la mano, luego bebe Ku.)* Cuando hayas descansado seguiremos por el bosque.

KE: ¿Por el bosque?

KU: Sí, atravesaremos el camino que va a través del bosque.

KE: ¿No nos perderemos?

KU: ¿Por qué vamos a perdernos?

KE: No sé, pero uno se pierde en el bosque.

KU: Nosotros no vamos a perdernos.

KE: ¿Conoces la historia del hombre que marcha en el bosque?

KU: No.

KE: Había una vez un hombre que avanzaba a través del bosque y se sintió perdido. Como había oído decir que en el bosque, cuando uno quiere avanzar en línea recta acaba avanzando en círculo, y es entonces cuando se pierde, él, para no avanzar en círculo, comenzó a avanzar en círculo. De ese modo, si bien no avanzaba en línea recta, ya que avanzaba en círculo, tampoco avanzaba en círculo, que es lo que hacen todos los que se pierden en el bosque. Y de ese modo dejó de sentirse perdido.

KU: No sé por qué, Ke, pero me hace acordar a la historia del hombre que tenía un pan viejo. Había una vez un hombre al que le había sobrado un pan y lo había guardado. Al día siguiente fue a la panadería y compró un pan fresco. Se comió el pan viejo y guardó el fresco para el día siguiente. Al otro día volvió a tener un pan viejo. Como no le gustaba el pan viejo, fue a la panadería y compró uno fresco, pero se comió el pan viejo, para no tener que tirarlo. Entonces le quedó el pan fresco para el otro día. Cuando se levantó, el pan fresco del día anterior ya estaba viejo. Así hacía todos los días. Cada mañana tenía un pan viejo y uno fresco, y se comía el viejo. No sabía cómo resolver el problema. Un amigo le sugirió que tirara un día el pan viejo y se comiera el fresco así al otro día podría recomenzar desde cero. Al hombre del pan viejo le parecía mejor esperar, tal vez en el futuro los panes y los días se igualarían, entonces no tendría por qué comerse el pan viejo, que no le gustaba.

KE: ¿Ku, te parece que tendremos historias suficientes para contarnos hasta el final?

KU: Cuando partimos, hace tantos años, yo creía que sí, que tú tendrías historias para contarme hasta el final. Pero ya no estoy seguro. A veces me aburro de estar contigo. Me cuentas siempre las mismas historias.

KE: ¿Y tú crees que yo no, que yo no me aburro? ¿Crees que es tan divertido estar contigo, que nunca haces ni dices nada nuevo, que siempre me cuentas la historia del hombre que tenía un pan viejo?

KU: ¿Entonces por qué no te vas solo?

KE: Porque si yo me voy tú no sabrás qué hacer.

Cambia la luz. Ke y Ku en medio del bosque. Es invierno. Ku de pie, Ke a su lado, en el suelo. Ambos están muy viejos, sin fuerzas. El frío enlentece aún más los movimientos, ya no se mueven. Creen que siguen en camino, pero no se podría afirmar que avanzan ni que retroceden. Están, quietos. Comienza a nevar. Poco a poco la nieve irá cubriéndolos.

KE: ¿Dónde estamos?

KU: No sé.

KE: ¿A dónde me llevas?

KU: ¿A dónde quieres ir?

KE: No sé.

KU: Bueno, entonces no molestes, Ke.

KE: No importa cómo te hable, hace años que tú no me escuchas.

KU: Tengo que confesarte algo, Ke.

KE: ¿Sí? ¿Qué tienes que confesarme, que es cierto que no me escuchas, que no te interesa lo que digo?

KU: No, no es eso. (*Silencio.*) Tengo que confesarte algo que tú no sabes, pero yo sí sé. Tú eres idiota, Ke. Un idiota al que lo único que le gusta es que yo lo arrastre.

KE: Gracias por decírmelo, muy amable de tu parte.

KU: Es la verdad, Ke. Eres idiota. Aunque no es exactamente la verdad.

KE: ¿Es la verdad y no es exactamente la verdad?

KU: Sí, Ke. Porque en realidad yo no creo que seas idiota. Yo sé que en el fondo tú te haces el idiota para que yo te arrastre. Te gusta que te arrastre y no conoces otra forma de conseguirlo que haciéndote el idiota.

KE: Entonces creo que estás en lo cierto, Ke. Yo no soy idiota. Pero te equivocas en algo. Yo siempre he creído que el idiota eres tú, y que lo único que te gusta es arrastrarme. Por eso me hago el idiota, para que me arrastres, y te sientas feliz.

KU: ¿Tú piensas que soy idiota, Ke?

KE: Sí, Ku, pero no exactamente.

KU: ¿No exactamente?

KE: Es mucho más complicado. Yo sé que no eres idiota. A ti lo que te gusta es arrastrarme, y como no conoces otra forma de conseguirlo, te haces el idiota. Tú crees que a mí me gusta que me arrastres. A mí nunca me gustó que me arrastraras, pero como arrastrarme te hace feliz, entonces me hago el idiota y dejo que hagas lo que quieras. En realidad a mí lo que me gusta es arrastrarte.

KU: Estás equivocado, Ke, a mí no me gusta arrastrarte. Es a ti que te gusta que yo te arrastre. A mí lo que me gusta es que me arrastres.

KE: Bueno, ya es tarde para cambiar, Ku. Sigamos como veníamos.

KU: ¿Quién hace de idiota ahora?

KE: Tú.

KU: ¿Yo hago de idiota al que le gusta arrastrar?

KE: Eso. Tú te haces el idiota, y me arrastras.

KU: Pero si a ti no te gusta que te arrastre, ¿cómo lo aceptas?

KE: Me hago el idiota, así tú me arrastras.

KU: Pero a mí no me gusta arrastrar, Ke, comprende, sólo lo hago porque a ti te gusta que te arrastre.

KE: Ya te lo he explicado, Ku, a mí no me gusta que me arrastres, a mí lo que me gusta es arrastrarte.

KU: Bueno, Ke, entonces puedes seguir tú, a tu modo. Eso te hará feliz. A mí me haría feliz que me arrastraras.

KE: Ahora no puedo, Ku, tengo frío y estoy cansado.

KU: Yo también tengo frío y estoy cansado.

KE: Arrástrame un poco.

KU: Estoy arrastrándote, Ke.

KE: No estás arrastrándome. Desde hace días estamos en el mismo sitio.

KU: Yo arrastro.

KE: ¿Y cómo es que no avanzamos?

KU: Estamos avanzando, Ke.

KE: No estamos avanzando, no te hagas el idiota. ¡Arrástrame!

KU: No puedo más, Ke. Arrástrame tú.

KE: No puedo, Ku. Yo tengo mi modo de ser, no pretenderás que lo cambie ahora. Quiero irme de aquí.

KU: Yo también.

KE: Tengo miedo.

KU: ¿De qué tienes miedo?

KE: No sé. Tengo miedo. Quiero salir de aquí.

KU: Yo también quiero salir de aquí, Ke. Yo también tengo miedo.

Nieva muy fuerte.

KE: Está nevando, Ku.

KU: No, no está nevando.

KE: Te digo que está nevando, no soy idiota.

KU: Es que no quiero creerlo.

KE: No lograrás nada con no creerlo. *(Ku se queda en silencio. Ke está en el suelo, a sus pies.)* Ku.

(Ku no responde.) ¡Ku!

KU: ¿Sí?

KE: Sácame de aquí.

KU: No puedo, Ke, no puedo. (Ke se abraza a los pies de Ku, llora. Poco a poco la nieve va cubriéndolos. Luego Ku se encorva para cubrir a Ke. Lo abraza y se hacen los dos un ovillo sobre la tierra helada. Ya no se mueven. La nieve casi los ha cubierto totalmente. Se transforman en un bulto en el paisaje blanco.)

KE: ¡Sácame de aquí! *(Ku no responde, se abraza más a Ke.)*

Meses después, cuando ha vuelto la primavera, se ve a dos idiotas avanzar por el camino. Uno de los idiotas arrastra al otro. El Idiota Dos, que es arrastrado, no es idiota. Se hace el idiota, para que el otro lo arrastre. El Idiota Uno, que arrastra, tampoco es idiota, se hace el idiota para poder arrastrar al Idiota Dos. Cuando pasan cerca de Ke y Ku el idiota que es arrastrado dice:

IDIOTA DOS: ¿Qué es eso?

IDIOTA UNO: No sé.

IDIOTA DOS: Parecen cuerpos.

IDIOTA UNO: Son cuerpos. Dos cuerpos.

IDIOTA DOS: Pobre gente. ¿Están muertos?

IDIOTA UNO: Parece que están muertos.

IDIOTA DOS: *(Tratando de que Idiota Uno lo arrastre hasta los cuerpos.)* Quiero verlos. *(Idiota Uno se queda en silencio, mirando al cielo.)* ¡Quiero verlos!

IDIOTA UNO: *(Idiota Uno no oye lo que el otro le dice. Luego de un instante, señalando el cielo.)* ¡Mira!

IDIOTA DOS: ¿Qué es?

IDIOTA UNO: Una golondrina.

IDIOTA DOS: ¿Dónde?

IDIOTA UNO: En el aire.

IDIOTA DOS: ¿En el aire, dónde?

IDIOTA UNO: Ahora no sé. La perdí de vista. Qué pena.

IDIOTA DOS: Bueno, no te preocupes, ya aparecerá. Hay muchas.

IDIOTA UNO: Pero a mí me interesa ésa.

IDIOTA DOS: Ésa también va a aparecer.

IDIOTA UNO: Sí, pero ¿cuándo?

IDIOTA DOS: Algún día. En primavera está lleno de golondrinas. Ahora no te quedes ahí. Sigue. *(Idiota Uno no responde. Idiota Dos insiste. ¿Estás oyendo lo que te digo, que sigas?)*

IDIOTA UNO: No puedo.

IDIOTA DOS: ¿Qué es lo que no puedes?

IDIOTA UNO: No puedo seguir.

IDIOTA DOS: Eso no es posible. Estamos aquí esperando esa golondrina estúpida. Sigue. *(Idiota Uno no habla. Mira al cielo. No escucha a Idiota Dos.)* ¿Estás escuchándome?

IDIOTA UNO: Sí, te escucho.

IDIOTA DOS: ¿Entonces por qué no sigues? ¿Nos vamos a quedar todo el día aquí?

IDIOTA UNO: Es que no sé.

IDIOTA DOS: Bueno, yo sí sé. Ahora vamos a continuar.

IDIOTA UNO: No puedo. Entiende, por favor, que no puedo.

IDIOTA DOS: ¿Y por qué no puedes?

IDIOTA UNO: No es que no pueda. Creo que me voy a quedar en este lugar.

IDIOTA DOS: ¿No estarás pensando quedarte y dejarme seguir solo?

IDIOTA UNO: No era exactamente lo que había pensado, pero ahora que lo dices, creo que sí, que me quedaré.

IDIOTA DOS: Bueno, estás muy equivocado, tú no te quedas.

IDIOTA UNO: Yo creo que sí, que aquí me quedo.

IDIOTA DOS: Verás que no.

IDIOTA UNO: Yo creo que sí. Tú sigue solo. *(Se tira al suelo.)*

IDIOTA DOS: Bueno, lo siento por ti, pero ahora comprobarás que eso no es cierto. No te quedas. *(Se incorpora y empieza a arrastrar al otro, le pega un golpe en la cara con la mano abierta, lo arrastra del pelo.)*

Telón.

Carlos Liscano. Correo electrónico: liscano@adinet.com.uy

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Argentina. Mayo de 2003

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar